



Perros ahorcados

José María Vaz de Soto

Algaida
284 páginas

Subtitulado *Un nuevo caso del inspector Pedrero* este libro forma parte de una saga de tres títulos comenzada en 1994 con *Las piedras son testigo* y continuada con *Síndrome de Oslo* (1998), protagonizada por el comisario retirado Cayetano Pedrero. La creación de este personaje, al que se describe en la página 10 como ex-falangista (hedillista, y sólo hasta el 42) braquicéfalo y más bien bajito, un detective andaluz digno compadre de Plinio o Maigret (pariente mucho más lejano de Sherlock o Poirot, perfectamente ajeno a cualquier tinte jamesbondiano), es la aportación de Vaz de Soto al elenco mundial de piesplanos. Tiene la particularidad de, como jubilado y ex policía, ser algo así como un investigador emérito y, además –suponemos- *gratis et amore*.

Usa el método deductivo y aunque no desprecia el acopio de pruebas materiales en algunos casos, su especialidad es el diálogo cuerpo a cuerpo con testigos y sospechosos, usando tácticas dialécticas que su alter-ego, narrador y *queridowatson* describe como *pedreras*, jugando quizá al doble sentido entre el apellido del inspector y los cañones medievales homónimos...

Los ambientes por los que se mueven Cayetano Pedrero y su conmlitón son los de la Andalucía rural, a caballo entre Sevilla y Huelva, aunque no falten algunas visitas a la capital hispalense.

El "caso" se inicia con la muerte por suicidio de un hacendado, Martín. Encarna, su hermana, discrepa del atestado judicial y piensa que su hermano pudo haber sido asesinado.

Pedrero inicia la encuesta y a lo largo de ella va cerciorándose de que, en efecto, la muerte, perfectamente concebida y ejecutada, fue un suicidio. La combinación entre diversos fármacos, unos destinados a producir somnolencia, otros incluso a impedir el vómito, otros, en fin, letales, era prácticamente idónea y había sido calculada con pericia. Por si faltaba algún detalle, junto a la mesa estaba dispuesta una pistola cargada, para acelerar el proceso si este resultaba doloroso o no era conclusivo. Una nota póstuma, mecanografiada pero plagada de huellas del occiso, abundaba en la tesis. Entre los libros de consulta, *Suicide, mode d'emploi...*

Por lo demás no falta el móvil, a Martín le acababan de diagnosticar un cáncer de próstata, al parece incurable. Su padre había muerto en una terrible agonía y además, por si faltaba algo, Martín, junto a otros cuatro compinches habían creado tiempo atrás algo parecido al Club de los Suicidas de Stevenson (el autor no lo cita, *ojo*), una sociedad a favor de la eutanasia

que como aquellas cofradías de antaño, debían ayudar a bien morir al cofrade necesitado.

Pedrero explora esta línea, sospechando que Martín pudo haber sido auxiliado, aunque él personalmente no ve mal la eutanasia. Pero comprueba que esta ayuda, de existir, fue indirecta e intangible, proporcionándosele el método, pero nada más, lo que en todo caso entra más en el terreno de la moral o la deontología que en el del delito, por lo que enseguida el inspector abandona esta línea.

Por lo demás, en aquellos parajes sevillanos, entre Matulera y Maquilón, se había producido hacía algunos años el horrible crimen del Cabezo Rubio, cuando fue violado y asesinado un niño de 8 años.

Poco después del fallecimiento de Martín su hijo Daniel aparece ahorcado en lo que –ahora sí- es claramente un suicidio.

La primera sospechosa es la mujer de Martín, Mariló, pues el matrimonio estaba muy distanciado, apenas seguían juntos como mera convención. Pero lo cierto es que la hipótesis de suicidio es impecable y toda la investigación no logra sino corroborarla.

Sin embargo, hay datos que no concuerdan. Por ejemplo, el diagnóstico de la enfermedad de Martín. A su propia familia le ocultó la gravedad de la misma, mientras que al grupo de amigos eutanásicos les pintó un panorama sin salida. La verdad era, no obstante, que el cáncer apenas se había declarado, que eran dos diminutos nódulos que pudieran haberse extirpado con facilidad.

Tras sucesivas pesquisas se llega a la conclusión que uno de los doctores que le trató, Frutos, cargó las tintas deliberadamente. Conociendo las teorías epicúreas, eugenésicas y eutanásicas de Martín, esto equivalía a invitarle directamente al suicidio.

Frutos lo hizo por dinero. Dinero que le entregó Mariló, la futura viuda y práctica heredera quien de este modo quería asegurarse un porvenir de placidez junto a su amante, la doncella Magdalena. Mariló obtiene el dinero de la cuenta conjunta que mantenía con Martín y este mismo dinero sirve para muchas cosas. Para que el doctor Frutos pague a Antonio Vázquez, casado con una hija de Martín, una abultada deuda de juego, y que Antonio devuelva prácticamente esta misma suma a Martín poco antes de morir. Este dinero debió de volver a manos de Frutos, vía Mariló, mientras que esta cerró la pista llenando varios sobres con papeles y dejándolos en los cajones del despacho de Martín con su propio nombre puesto en ellos.

Así, al ser interrogada sobre el destino del dinero sacado de la cuenta en el mes anterior a la muerte de su marido pudo justificar que se lo había dado a este, y que él lo guardaba en su secreter.

Sobre esta trama se dibujan las otras dos. La de la muerte del niño del Cabezo Rubio, sin aclarar nunca, y la más reciente de Daniel. La presunta homosexualidad de Daniel hizo que su padre le rechazara y hasta que le excluyera de la última entrevista que mantuvo con sus familiares la víspera de su suicidio. Y, aunque nada tuvo que ver con la muerte de Martín, surge el mayor de los villanos, el guardabosques Gregorio, quien, desde el primer momento caerá antipático a Pedrero y a su acompañante (el narrador). Porque Gregorio es quien se dedica a ahorcar perros y a maltratar mulos. El es, finalmente, el asesino del Cabezo Rubio, y el chantajista de Daniel, el que provocó las sospechas de Martín que por un momento llegó a sospechar que fuera Daniel el asesino. Gregorio, el rudo jornalero, había tenido

fugaces encuentros sexuales con Daniel y había entrevisto escenas entre él y su amante de circunstancias, Antonio...

Gregorio, descubierto, se suicida antes de que le detenga la Guardia Civil, del mismo modo que victimaba a los perros: ahorcándose.

Realmente no se puede decir que haya moralejas. Cayetano Pedrero asume las limitaciones de la Justicia y se declara hipotéticamente dispuesto a ejecutar él mismo al doctor Frutos y a Mariló, mientras que aplaude el gesto de Gregorio al suicidarse.

Es una novela de género, pulcramente trabajada, de una gran corrección, sin altibajos, que si decae en algún momento es debido a que el "deus et machina" es un tanto ramplón, siempre con la próstata de aquí para allá.

Los personajes son creíbles y hasta en ocasiones entrañables.

Hay un trasfondo ideológico-filosófico no desdeñable.

En la página 124 Cayetano dice:

Antes la gente se moría mejor o peor, pero se moría a su hora, hoy con tantas técnicas y sofisticaciones, puedes seguir vivo fuera de tiempo, a costa de verte sometido a toda clase de torturas. ¿Para qué?

En la página 148 el mismo personaje pone en duda la misma democracia:

...si veinte dicen blanco y diez dicen negro, hay que escoger negro, porque que en veinte hay más tontos que en diez. Pues si en veinte hay más tontos que en diez, fíjate en los muchos más tontos que habrá en los veinte millones que ahora votan al PP o al PSOE que entre los pocos que votamos en blanco.

Pág 150

*Y estoy bastante de acuerdo con los que dicen que en Hegel y Nietzsche estaba ya la semilla de Hitler, y en Marx, la de Stalin. Del mismo modo que en los evangelios estaba la semilla de la Inquisición. Esa es la regla, no nos engañemos. Los lectores de un sólo libro son siempre la variedad más peligrosa del **homo loquens**.*

Hay, entre otras cosas, un debate implícito sobre la eutanasia, defendida por esa sociedad secreta de andar por casa, seudomasonería, que dan argumentos a favor. Puede, en fin, también argumentarse sobre la maldad femenina encarnada en Mariló, la venalidad del doctor Frutos, que era ludópata, la barbarie rústica de Gregorio, en donde se puede estudiar un prototipo bastante puro del "mal salvaje", sincero y directo en la satisfacción de sus (torcidos) instintos, etc.

© Antonio Ruiz Vega





Libros que he leído ©Antonio Ruiz Vega, 2002